

A LOS DIEZ AÑOS DE LA CREACIÓN DE LA MAESTRÍA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Entrevista a Juan Manuel Palacio

Revista *Cuadernos del CEL*

La entrevista fue realizada en octubre de 2015. Juan Manuel Palacio fue el gestor y primer director, tanto del *Centro de Estudios Latinoamericanos* como de la *Maestría*. Es Licenciado en Historia por la Universidad de Buenos Aires y Doctor en Historia por la Universidad de California (Berkeley). Es investigador del CONICET, Profesor Titular de Historia Latinoamericana en la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) y Profesor Ordinario de la Universidad Torcuato Di Tella. Entre sus obras están: *La paz del trigo. Cultura legal y sociedad local en el desarrollo agropecuario pampeano, 1890-1945* (2004); *Chacareros pampeanos: una historia social y productiva* (2006). Como compilador o colaborador se pueden mencionar: *El país del no me acuerdo: (des)memoria institucional e historia de la política social en la Argentina* (2004); *Justicia, política y derechos en América Latina* (2007); *La Guerra del Paraguay, Historiografías, representaciones, contextos* (2012); *Historia de la provincia de Buenos Aires, vol. 4: De la federalización de Buenos Aires al advenimiento del peronismo (1880-1943)* (2013).

Revista Cuadernos: El aniversario de la creación de la Maestría nos suscita un ejercicio de memoria. Habiendo sido Usted el creador y primer director del *Centro de Estudios Latinoamericanos* y de la *Maestría* ¿qué reflexiones le merece?

Juan Manuel Palacio: Ante todo, el aniversario me suscita la grata sorpresa de que hayan pasado diez años. Esta invitación a hacer memoria, además, me llevó a reabrir algunos viejos archivos en la computadora y me permitió tomar conciencia de todas las cosas que se hicieron desde entonces. Esto me lleva a algunas consideraciones.

En primer lugar, el proyecto de la Maestría- que fue concebido dentro del proyecto más grande del Centro de Estudios Latinoamericanos- visto a la distancia, tenía algo de megalómano, de quijotesco cuando se concibió. En mi caso, esto tiene que ver con mi experiencia personal de haber cursado primero la carrera de Historia en la Universidad de Buenos Aires y luego el doctorado en la Universidad de Berkeley, California, bajo la dirección de Halperin Donghi. Respecto de la carrera, en la Universidad de Buenos Aires de los años '80, sufrí una suerte de vacío de formación en el área latinoamericana. En ese momento, aún no habían regresado algunos exiliados, y predominaban conceptos algo anticuados y una orientación general muy esquemática, ligada a las nociones de dependencia y centro-periferia. Al fin de cuentas, uno quedaba sin saber prácticamente nada sobre la historia del Perú, del Brasil, y de otros países de la región. Por eso podría decirse que muchos de los que nos fuimos a estudiar afuera, descubrimos América Latina en Estados Unidos. Y esto no solo por tomar conciencia de la región de una manera nueva, sino también porque conocimos un universo de latinoamericanos que en Buenos Aires, por entonces, circulaba mucho menos.

Eso hizo en mi caso que al regresar- y esta es la parte quijotesca-, como un iluminado de la caverna de Platón, quise desasnar a todo el ambiente de las ciencias sociales y de las humanidades en la Argentina respecto a esta ignorancia de América Latina.

Yo tenía un diagnóstico desde la historia rural latinoamericana, que era a lo que me dedicaba, en el sentido de que en la historiografía argentina había un cierto encerramiento, una ignorancia de las otras historiografías rurales latinoamericanas; más aún aquella parecía gestarse desde una concepción que contrastaba con el resto. Cosa que encajaba muy bien con la conocida sensación de excepcionalidad que solemos tener los argentinos respecto de América Latina. De modo que, con la creación del CEL, me propuse la tarea titánica de convencer a los argentinos de que éramos latinoamericanos.

Revista Cuadernos: ¿Cómo se plantearon el Centro y la Maestría?

Juan Manuel Palacio: La propuesta que cuajó fue la de crear un *Centro de Estudios Latinoamericanos* con el modelo de los centros norteamericanos y de algunos de América Latina pioneros como los de México. Es decir, se trataba de asumir la idea de los *Estudios de Área*, en los que predominan los estudios comparativos y los enfoques inter y multidisciplinares. Dos cosas que, por los menos en historiografía, eran muy infrecuentes.

El proyecto, ambicioso como era, tenía un gran objetivo inicial, tal como consta en el primer folleto que se publicó en el año 2003. Allí se hablaba de “*un centro de investigación multidisciplinario dedicado al estudio y a la difusión del conocimiento de la realidad latinoamericana en la Argentina*”. Para darle cauce, se proyectaba un posgrado (Diploma y Maestría), la construcción de una biblioteca, la puesta en marcha de un programa de financiamientos de proyectos de investigación y una serie de actividades de difusión o divulgación científicas, como ciclos de charlas, mesas redondas, un Seminario Permanente y la realización de un congreso anual sobre temas latinoamericanos.

El posgrado conllevaba un desafío importante, dado la carencia especialistas en cuestiones latinoamericanas, particularmente en el campo de la historia. Esto implicaba invitar sistemáticamente profesores de otros países de la región, con el consiguiente problema de la financiación. Para ello, se buscó crear una red de vinculaciones y convenios con diversas instituciones para que se convirtieran en socias del proyecto.

La megalomanía, de la que hablaba antes, se puede ver también en la configuración del Comité Académico: Marcelo Cavarozzi, Horacio Crespo, Manuel Antonio Garretón, Tulio Halperín Donghi, Patricio Korzeniewicz, José Nun, Carlos Ruta, Hilda Sabato, Catalina Smulovitz y Enrique Tandeter. El evento inaugural se hizo en el *Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires* (MALBA), auspiciado por la Secretaría de Cultura de la Nación y que contó con la asistencia de quinientas personas.

Visto desde la distancia, me doy cuenta es de que era un proyecto- sino imposible-, por lo menos exagerado. No obstante lo cual fue acompañado por muchas personas destacadas del momento, a las que quisiera nombrar como agradecimiento: a las autoridades de la UNSAM, de la Escuela de Política y Gobierno y en particular a su entonces director, Marcelo Cavarozzi, y a los sucesivos decanos de la Escuela de Humanidades (Carlos Ruta, José Villella, Diego Hurtado, Enrique Corti). Y muy especialmente a Horacio Crespo -que fue clave para la creación del nodo mexicano de la red-, a Torcuato Di Tella, Tulio Halperin y Enrique Tandeter.

Retomando la pregunta ¿por qué un proyecto con algo de alocado fue tan respaldado? Pienso que tiene que ver, en parte, con la coyuntura de la Argentina y de América Latina del momento.

Por un lado, estaba el carácter inédito del proyecto; ya que no había nada parecido en el país. Por otro, se daba un clima de entusiasmo general en la región, ante lo que se perfilaba como la construcción de un bloque progresista de gobiernos en América Latina, y con la aceleración de instancias como el MERCOSUR. Todo esto hacía aún más evidente el vacío de estudios en historia y ciencias sociales con una mirada regional. A lo que hay que sumar que la Argentina venía de vivir la crisis de 2001, acentuando la insostenibilidad de la supuesta excepcionalidad argentina respecto de América Latina.

Por la negativa, la pérdida de relevancia de América Latina en agenda internacional de los Estados Unidos y Europa, en favor de crisis más urgentes como las de Afganistán y Medio Oriente, traía como reacción el planteo de la necesidad de encontrar nuevos caminos, más autónomos. Todo ello hacía más certero y evidente el diagnóstico de la carencia de lo latinoamericanos en la historiografía y las ciencias sociales.

Revista Cuadernos: ¿Qué nos podría decir respecto del balance?

Juan Manuel Palacio: En cuanto al balance, hasta el momento en que dejé de tener una acción cotidiana en el CEL, creo que es muy positivo. Dentro de los múltiples ejemplos de lo construido me gustaría mencionar algunos desarrollos.

Por un lado, el centro fue un espacio de circulación regional e internacional, tanto por la red de convenios, como por las visitas de profesores y la realización de congresos. Por ejemplo, el desarrollado en 2004 sobre “Justicia y Sociedad en América Latina”, con cuyo material luego se publicaría un libro que tuvo amplia circulación, así como el de 2008 sobre la Guerra del Paraguay, que derivó en otra compilación, publicada por el Colegio de México en 2012. Además, la creación de la *Revista de Estudios Latinoamericanos*, cuyo número inicial apareció en diciembre de 2009 y que, lamentablemente, no pudo tener continuidad. En aquel volumen se publicó el dossier “*Historia reciente del Cono Sur*”, como fruto del congreso del CEL de 2007.

Analizado una década después, me parece que el proyecto encontró un cauce más lógico, con el desarrollo de la maestría en Estudios Latinoamericanos y la de Literaturas Latinoamericanas. Por eso, creo que hay que celebrar estos diez años de buena salud; particularmente en un país que no se caracteriza por la estabilidad de sus creaciones.

En lo que hace al contexto actual en comparación con el del nacimiento del proyecto, pienso que hay continuidades pero también desarrollos. En un primer sentido, la historiografía y las ciencias sociales han progresado sustancialmente en la perspectiva regional. Pienso que se han alcanzado miradas más “simpáticas” para con lo latinoamericano, a lo que han colaborado las celebraciones de los Bicentenarios; consolidándose la inevitabilidad de una mirada americana para dar cuenta de ciertos procesos. Por lo que respecta a la integración latinoamericana y la conciencia argentina de pertenencia a la región, pienso que también se han dado pasos de consolidación. No obstante, opino que las bases sobre las que este proceso se está construyendo desde lo político dejan todavía mucho que desear. Me refiero particularmente al uso reiterado de conceptos -como imperialismo, dependencia- y estilos de lenguaje, a los que considero faltos de actualización y con un dejo de nostalgia de los años ’70. Por tal motivo, precisamente, un espacio como el Centro de Estudios Latinoamericanos sigue teniendo mucho que aportar para la sofisticación de estos debates.